

ÁNGEL VIÑAS

LAS ARMAS Y EL ORO

Palancas de la guerra, mitos del franquismo

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| <i>Principales siglas y abreviaturas</i> | 9 |
| <i>Prólogo</i> | 11 |
| <i>Advertencia preliminar</i> | 19 |

MITO I: HITLER Y MUSSOLINI NO AYUDARON TANTO.

| | |
|--|----|
| STALIN AYUDÓ A LOS «MARXISTAS» MUCHO MÁS | 27 |
|--|----|

La importancia de un tema desfigurado — Las primeras puñaladas a la República — Mussolini y Hitler aupán a Franco — Reacción republicana en tres fases — Asciende la estrella de Franco — La inicial ayuda soviética — Una comparación de suministros: febrero de 1937 — Caudencias divergentes en el apoyo material — Cuantificación de los suministros soviético en el primer año de guerra en comparación con los alemanes — Franco gana distancia en la carrera de los armamentos — Franco también acrecienta su ventaja en efectivos extranjeros — La República perdió radicalmente la carrera por los hombres casi desde el principio — Se acentúa el desequilibrio material a favor de Franco: la gran aportación de Mussolini — Y de la no desdeñable contribución de Hitler, ¿qué? — La continuada, aunque débil, ayuda soviética — Los suministros soviéticos finales y totales — Conclusiones.

| | |
|-------------|-----|
| Anexo | 128 |
|-------------|-----|

MITO II: LA PALANCA DEL ORO O CÓMO SE DESTRUYE UN MITO

| | |
|-------------------|-----|
| FUNDAMENTAL | 147 |
|-------------------|-----|

Por detrás de las reuniones del Consejo de Ministros — Un hombre indispensable: Enrique Fuentes Quintana — La importancia de un desconocido: José Guillén — Una carrera bajo el signo del metal amarillo — Oro y espías en la guerra civil. *Money* y patriotismo — En la postguerra se consagra la intoxicación — Un terremoto: el Gobierno recibe la documentación de Negrín — El régimen echa las campanas al vuelo — Los grotescos planes del Caudillo/Generalísimo/Jefe del Estado y de su fiel escudero, el ministro Martín Artajo — Los soviéticos contraatacan y Franco se hace el loco — Un giro táctico: entra en escena el orgu-

| | |
|--|------------|
| lloso ministro de Hacienda — El Gobierno despista al Consejo de Estado — El oro, la URSS y Castiella — Navarro Rubio va por libre y asalta el parapeto — La perdurabilidad de los mitos: la «extravagancia» de la decisión republicana — La cuestión de la «probidad» de los banqueros británicos — Sobre la legalidad de las ventas de oro. Anexo | 264 |
| MITO III: DIOS AYUDÓ A VENCER A LA ESCORIA DE LA NACIÓN . . . | 271 |
| Un esquema analítico retocado — La política del Gobierno británico — La intervención de las potencias fascistas — Las discordias internas — El caso Nin y una analogía significativa — La derrota en la época de ascenso del fascismo — Errores militares republicanos — La cuestión de la lealtad: el caso de Manuel Matallana — La traición hundió la resistencia republicana — Conclusiones. | |
| MITO IV: FRANCO NO TUVO DEMASIADO APOYO FINANCIERO EXTERIOR PORQUE LA REPÚBLICA SE QUEDÓ CON EL ORO | 323 |
| Hacia una quita por parte italiana — Los vencedores arrastran los pies — Dificultades en la negociación italo-española — Todos sufren — Situación de partida en el caso alemán — Exactitud germana — Interviene Franco — Compromisos y pagos españoles en tiempos de guerra — Operaciones republicanas de la desesperación — ¿Comparaciones odiosas? Lo que ocultó el franquismo — Precios, malditos precios. Sobrefacturaciones y estafas — Lamento melancólico y el caso de Klaus Franke — Nuevas pistas en documentos privados. Anexos | 398 |
| A MANERA DE EPÍLOGO | 405 |
| <i>Notas</i> | <i>417</i> |
| <i>Fuentes primarias y bibliografía</i> | <i>464</i> |
| <i>Índice onomástico y analítico</i> | <i>475</i> |
| <i>Índice de cuadros</i> | <i>499</i> |

MITO I

HITLER Y MUSSOLINI NO AYUDARON TANTO. STALIN AYUDÓ A LOS «MARXISTAS» MUCHO MÁS

*Nuestra guerra se ganó
por un verdadero milagro*

FRANCO

La primera palanca de la guerra son las armas. Sin ellas, es inútil luchar. Pueden fabricarse, comprarse u obtenerse a crédito. La República fabricó algunas (sobre todo ligeras) y adquirió ligeras y no ligeras (tenía oro) aunque con enormes dificultades debidas a la «no intervención». Franco las obtuvo a crédito y se apoderó de las que tenían las fuerzas que fue venciendo. Incluso fabricó, aunque no muchas. Los suministros procedentes del exterior (absolutamente esenciales) no fueron iguales. Digan lo que digan los autores neo-franquistas (y alguno hay que todavía hoy sigue escribiéndolo), la República estuvo casi siempre en desventaja desde el primer momento. Por fortuna se trata de una palanca «cuantificable» y «calendarizable». El margen de error no es ilimitado.

LA IMPORTANCIA DE UN TEMA DESFIGURADO

La cuestión es enojosa y se ha visto relegada durante mucho tiempo a afirmaciones generales (las últimas datan de 2012) y/o a discusiones más o menos contables, conducidas con acritud. La apertura de archivos y el avance en la investigación basada en evidencia primaria relevante de época debe, en mi opinión, llevar el tema a un lugar central en la historiografía. Por dos razones objetivas.

La primera porque en tanto que confrontación militar, los recursos materiales y humanos procedentes del extranjero con que franquistas¹ y republicanos afrontaron las operaciones contribuyeron en gran medida a determinar el resultado de la contienda y, por ende, el destino de España. Los vencedores lo presentaron como un esfuerzo titánico, ganado casi exclusivamente merced a los propios esfuerzos. Todavía hay autores que se lo creen.

La segunda porque a raíz de la «modernización» de la historiografía franquista en los años sesenta del pasado siglo, con aportaciones ligadas indisolublemente a ciertos autores militares (Martínez Bande, Jesús y Ramón Salas Larrazábal) en mayor o menor medida relacionados con el Servicio Histórico Militar, se pasó a considerar al Ejército Popular y a las Brigadas Internacionales (manifestación de la solidaridad de la izquierda y en particular del movimiento comunista) como una formidable fuerza combativa, bien equipada, a la cual costó un arduo trabajo vencer.² Por consiguiente, había que exagerar sus dimensiones.

Los recursos materiales y humanos, tanto interiores como exteriores, no fueron, por supuesto, el único factor que configuró el resultado de las actividades bélicas. La creación de ejércitos lo suficientemente entrenados para sostener ofensivas o resistir las del adversario se llevó la palma. La conducción estratégica y la habilidad táctica tuvieron una gran importancia. La significación de la fortaleza de los órganos que hacía posible la intercomunicación, la transmisión y coordinación de órdenes generadas en las placas neurales que eran los estados mayores no puede minusvalorarse. Ahora bien, todas estas funciones lo hicieron de forma no indisoluble de los recursos disponibles y, en particular, foráneos.

En lo que se refiere a estos últimos la previsibilidad de los mismos y con la cadencia más adecuada posible constituyó un mecanismo muy poderoso que obró en uno u otro sentido, de estímulo y de retracción, de preparación de los ataques y de forja de la resistencia. No en vano la guerra fue modernizándose rápidamente. Soldados entrenados y motivados, los nuevos modelos de aviones y carros de asalto y una artillería pesada eficaz fueron esenciales para ganar batallas y alentar, o destruir, la moral de victoria. Podríamos afirmar que los efectivos humanos actuaron a manera de sistemas musculares para la ofensiva y la resistencia mientras que las armas constituyeron el alimento del brazo ejecutor, una especie de sistema sanguíneo que impulsó la lucha. Faltaría, en este somero e inadecuado símil fisiológico, el sistema nervioso, las finanzas, tema al que nos referiremos en el último capítulo.

La calidad, el ritmo y las variaciones de los flujos externos reflejaron el interés *auténtico* de las potencias que intervinieron en el conflicto español. Plasmaron nítidamente las intenciones *reales* de Hitler, de Mussolini o de Stalin y, en su obstaculización, también las de los países democráticos. En términos hoy un tanto superados, cabría decir que la actividad diplomática centrada en torno a la política de no intervención, siempre horadada, fue una superestructura. Los suministros constituyeron la base misma sobre la cual reposó el vector internacional que llevó a que una sublevación militar semifracasada y semiexitosa terminara desembocando en una cruenta guerra civil.

La discusión historiográfica ha tenido un carácter un tanto surrealista. En un primer tiempo los historiadores, o quienes escribían como si fueran tales, se arrojaron entre sí estadísticas más o menos creíbles para demostrar a quién se ayudó más y mejor. En consonancia con las predilecciones ideológicas, se exageraron o redujeron los flujos según conviniera. El triunfo de Franco era más refulgente si se «probaba» que el apoyo a la República habría sido superior al de Hitler y Mussolini. La derrota republicana se explicaría mejor por la preeminencia de la ayuda nazi-fascista. En un segundo tiempo se impuso la tesis del equilibrio de apoyos que se habrían atenido a la dinámica de un mecanismo de acción-reacción. Los franceses y la URSS echaron una mano a la República. Ello determinó el apoyo alemán e italiano. Estos impulsaron el soviético que, a su vez, indujo a Hitler y a Mussolini a subir su apuesta a favor de Franco. Lo cual llevó a Stalin a aumentar su ayuda que, de nuevo, espoleó a alemanes e italianos. Y así sucesivamente.

Ese tono surrealista, mantenido a fuerza de orillar o desconocer la evidencia primaria relevante de época, subsiste en algunos autores hasta la más rabiosa actualidad. Ciertamente es que nunca han destacado por su diligencia a la hora de hurgar en los archivos y documentar tales asertos, que se oponen a una copiosa literatura testimonial que siempre se hizo eco de las dificultades y escaseces de aprovisionamientos con que tropezaron los republicanos. En paralelo se abultaron inmensamente las cifras de la ayuda soviética o, en el mejor de los casos, se las hizo depender de estimaciones muy elevadas. Escasa atención se prestó a las diferencias de ritmo en los envíos de hombres y material. Tampoco se indagó lo suficiente en la dinámica política, muy distinta, a que obedecieron los flujos hacia unos y otros.

Aquí utilizaremos un enfoque analítico preciso: *los suministros tradujeron el interés político-estratégico respectivo auténtico a términos opera-*

cionales. Nuestra atención se centrará, pues, en los flujos emanados de las tres grandes potencias cuyo comportamiento tuvo una incidencia directa sobre los más importantes flujos de abastecimiento. Con ello evitaremos que los árboles impidan ver el bosque.³

La novedad de este capítulo quizá radique en la contrastación de dos tesis. La primera es que, en contra de lo que se alega en la literatura pro-franquista, la República perdió desde el primer momento la carrera. La segunda que resulta posible cuantificar el desequilibrio de los suministros por lo menos en dos momentos de 1937: al final del invierno y al comienzo del verano tras la caída de Bilbao cuando, técnicamente, los republicanos ya habían perdido la guerra si es que no la habían perdido antes. Ello es de gran importancia porque permite identificar el papel que desempeñó la dinámica de apoyos en el período ulterior.

Dado que la investigación sobre las relaciones de la República con la Unión Soviética se basa todavía en evidencia primaria fragmentaria (hay numerosos legajos no abiertos a los historiadores) y que dimensiones esenciales de los contactos franquistas con Italia y, sobre todo, Alemania están aún por documentar adecuadamente los resultados solo pueden considerarse provisionales. Nos hemos concentrado esencialmente en los efectivos y en el *hardware* más importante (aviones y algunos de sus repuestos, carros, barcos y armas pesadas) junto con el *software* más significativo (municiones, pólvora, etc., es decir consumibles). No hemos tenido en cuenta muchos otros elementos, en particular de naturaleza industrial, que realizaron la capacidad de utilización del material de guerra foráneo. Ello no obstante, el marco analítico utilizado quizá pueda resistir la prueba ácida de futuras contrastaciones documentales.

LAS PRIMERAS PUÑALADAS A LA REPÚBLICA

Ni los sublevados ni el Gobierno disponían de los medios necesarios para sostener una guerra civil propiamente dicha que duró casi tres años. El factor esencial que la hizo posible fue la apelación al extranjero en demanda de recursos materiales y humanos. Con diferentes grados de éxito.

Como es archisabido, el presidente del Gobierno, José Giral, dirigió el mismo 19 de julio de 1936, a las pocas horas de hacerse cargo de sus nuevas responsabilidades, una petición a su homólogo francés, Léon Blum. Le notificó que la República deseaba adquirir armamento

en modestas cantidades. Blum se mostró en principio favorable a la aceptación. No obstante, el intento de llevarla a cabo provocó una fuerte escisión en el seno del Gobierno, de la Administración, de la clase política y de la opinión pública. Se vio, además, azuzada por el enfrentamiento ideológico contra el Frente Popular que había llegado solo mes y medio antes al poder gubernamental.

Acogotado por la discusión interna y por discretas presiones británicas, que todavía hoy minimiza algún que otro autor, Blum optó por una vía intermedia. El 25 de julio el Consejo de Ministros decidió no dar seguimiento oficial a las peticiones españolas. Dejó abierta la puerta, eso sí, a posibles suministros por parte de la industria que se autorizarían caso por caso. Poco más tarde, apretó las tuercas y sugirió una política generalizada de no intervención en los asuntos españoles. Fue, en retrospectiva, la más importante decisión de Francia, un país clave con respecto al conflicto. Bajo cuerda, sin embargo, Blum permitió que se forzaran los envíos de los escasos aviones que era capaz de vender de inmediato.

La aplicación de la nueva política se hizo rápidamente, sin esperar a que los distintos estados europeos se adhiriesen o no a la sugerencia (en realidad terminaron haciéndolo todos salvo Suiza, que la puso en práctica autónomamente). La reunión del Consejo de Ministros francés del 8 de agosto de 1936 cerró la posibilidad de que pudieran exportarse a España aviones civiles o de que suministrara la industria, únicas espitas abiertas durante escasamente dos semanas.⁴

La no intervención, que nunca estuvo basada en un acuerdo multilateral sino en declaraciones unilaterales de los estados que en ella participaban, se asentó inicialmente en una creencia de naturaleza casi metafísica o, en román paladino, en un brindis al sol. Abandonados a sus propias fuerzas los dos bandos contendientes, los republicanos podrían obtener rápidamente la superioridad.

Igualmente la no intervención se aplicó sobre una premisa que resultó falsa: la esperanza de que las potencias fascistas se inhibirían al igual que lo harían las democracias. Pasó por alto, despectivamente, dos elementos esenciales. El primero es que el Gobierno republicano era un Gobierno constituido legítimamente y reconocido por la comunidad internacional al que, de pronto, se negó el derecho inmanente a la legítima defensa. El segundo es que un intercambio de cartas confidencial anejo al acuerdo de comercio bilateral de diciembre de 1935 preveía el suministro de material bélico a España. Si bien las Cortes no habían tomado cuenta de tal intercambio, se trataba de un compromiso

que no dejaba de obligar a la República Francesa. Nada de ello hizo cambiar a Blum de postura, quien la justificó *ad nauseam* en un número impresionante de artículos y escritos posteriores.

Ha dado origen a grandes discusiones el volumen de suministros materiales que hicieron los franceses entre la inicial petición republicana y la traducción del principio de no intervención a las páginas del *Journal Officiel*. Los autores neo-franquistas o anti-republicanos suelen sobreestimarlo. En el lado francés hay testimonios e historiadores que hacen hincapié en que la estrategia adoptada fue flexible o un tanto aguada (*relâchée*, por utilizar el adjetivo con la que la caracterizó el propio Blum). Postulan, en consecuencia, que sus efectos restrictivos se han exagerado y que, en realidad, Francia siempre ayudó. En tal argumentación hay mucho de hipocresía, de mala conciencia y de carencia de investigación.

Blum montó rápidamente un pequeño comité para estudiar las posibilidades de suministrar material aprovechando las iniciales lagunas de la no intervención. Lo componían el jefe de gabinete del ministro del Aire, Pierre Cot, un prefecto llamado Jean Moulin, posterior héroe de la resistencia contra los nazis; el número dos del gabinete del ministro de Finanzas, Vincent Auriol, un aduanero llamado Gaston Cusin, y el propio secretario general de la Presidencia y hombre de total confianza de Blum, Jules Moch. La constitución de este comité informal tradujo la desazón que la no intervención generaba entre algunos de sus proponentes y en el propio primer ministro. Sin embargo, sus efectos prácticos se han exagerado notablemente en la literatura.

Dada la eficiencia de la Administración francesa y los controles tradicionales que incidían sobre la exportación de armamento, muy poco considerados por los diferentes autores, los envíos no pudieron, al menos en los primeros meses, ser muy importantes. *El autor de estas líneas ha hecho calas en cuatro archivos: los de la Presidencia del Gobierno francés, los de Jules Moch, los militares y el parisino de Juan Negrín, a la sazón ministro de Hacienda. Lo que ha encontrado en los tres primeros es el reflejo de que los controles políticos y administrativos de Francia funcionaban perfectamente.*

Las demandas procedentes del exterior se estudiaban con atención y se aceptaban o se rechazaban según que el producto solicitado estuviera caracterizado como material de guerra a tenor de lo previsto en el reglamento de exportación del 3 de septiembre de 1935.⁵ Es mayor la información que se ha remansado en los archivos militares, donde se identifican abundantes suministros canalizados por las vías ocultas del

contrabando. Ahora bien, entre ellos no figuran los de materiales modernos que se necesitaban para hacer la guerra: aviones de combate, carros, artillería eficaz de grueso calibre, municiones adecuadas, etc. Estos solo podían proceder con regularidad de los arsenales. Los británicos, que siguieron con atención los flujos de apoyo a ambos contendientes, detectaron rápidamente que lo que la República recibía de contrabando era en general material ligero, con frecuencia de pacotilla, cañones viejos y nada directamente de los arsenales franceses. Tras un largo tira y afloja entre el Ministerio de Finanzas y el Quai d'Orsay, el *Journal Officiel* publicó el 8 de septiembre de 1936 la noticia de que incluso quedaban prohibidos el tránsito y la reexportación de armas, municiones y material de guerra para España.

En comparación, la República tuvo mucha peor suerte con el Reino Unido. El Gobierno de Londres había mostrado escasísima simpatía al régimen republicano tras la victoria del Frente Popular. La Administración británica sabía en términos generales que se preparaba un golpe militar y a nadie se le pasó por la mente avisar a las autoridades españolas. Un antiguo colaborador del servicio de inteligencia militar formaba parte de la expedición del *Dragon Rapide*.⁶ Los servicios de espionaje (MI6, Inteligencia Naval) y las informaciones diplomáticas y consulares se hicieron eco de la posibilidad de que en España estallara una sublevación para-soviética.

Cuando un sector de los militares españoles se levantó en armas y obligó al Gobierno a acudir a la desesperada medida de armar al pueblo, la erupción social subsiguiente se interpretó como comprobación de la corrección de los temores previos. Al trastorno geopolítico y geoestratégico que ello implicara se añadió la preocupación por la suerte de los importantes intereses económicos británicos en España. De aquí la inmediata negativa a vender combustible para la flota republicana⁷ y el rápido apoyo a la sugerencia francesa de no intervención (como veremos en el próximo capítulo el embajador británico en París contribuyó de hecho a estimularla). Al igual que Francia, pero de forma infinitamente más rigurosa y contundente, el Reino Unido puso en aplicación dicha política. Nunca vendió material de guerra y no tardó en prohibir (19 de agosto) la exportación de aviones civiles a España. Progresivamente fue apretando las tuercas.

¿Cuál fue el resultado? Las detalladas investigaciones de Howson (1998) muestran que, *por el lado francés, el primer aparato suministrado, un caça Dewoitine 372, partió para Barcelona el 7 de agosto. Al día siguiente*

te lo hizo el resto de la expedición: 12 cazas (tres de los cuales se averiaron al aterrizar) y 6 bombarderos Potez 54. Ninguno tenía armamento. Tampoco sistemas para instalar y sincronizar las ametralladoras.⁸ Necesitaban gasolina etilada, de la que en España no había existencias. Eran los que Moch pudo allegar antes de la fatídica decisión del 8 de agosto.⁹ Su entrada en acción llevó tiempo. Otros intentos de suministros de armas diversas debieron abortarse en medio de una intensa batalla mediática.

Entre los que pudieron llevarse a cabo algo más tarde (Howson, 1998, pp. 357-359) figuraron 2 bombarderos (un Potez 544 y un Bloch MB 210) el 26 de agosto y 5 cazas Loire 46 del 5 al 7 de septiembre.¹⁰ Del 18 al 20 de octubre, es decir ya publicado el aviso formal en el Journal Officiel, llegaron 2 Dewoitine 371 y 7 Potez 54 (estos militares). A finales de octubre se entregaron 3 Bloch MB 210.¹¹ Un Bréguet 460, prototipo rechazado, voló hasta Cataluña el 20 de noviembre y 2 Dewoitine 510 a finales de diciembre, uno de los cuales se estrelló.¹²

Tales fueron los aparatos que arribaron desde Francia a lo largo de 1936. Hubo otros civiles, pero los militares en general iban desarmados y sus armamentos no se entregaron. También carecían de servicio de mantenimiento y de piezas de recambio. Debieron manejarlos voluntarios de diferentes nacionalidades y pilotos mercenarios.¹³

Con todo, subsiste en la literatura no necesariamente pro-franquista la noción de la superioridad material republicana. Uno de los últimos autores en sostenerla es James W. Cortada, basándose en las estimaciones de los observadores militares norteamericanos. Estos, naturalmente, podían equivocarse y se equivocaron en numerosas ocasiones. Así, por ejemplo, el 22 de agosto de 1936 el agregado militar, coronel Stephen O. Fuqua, no dudó en informar de que los esfuerzos del Gobierno republicano por obtener material aéreo en Francia le habían llevado a adquirir unos 75 aparatos. Por otro lado, algunas informaciones eran correctas: por ejemplo que los franceses habían suministrado varios cazas Loire 46 o que el propio ministro del Aire, y enconado defensor de la República, Pierre Cot, había impedido que los bombarderos Potez 54 estuviesen dotados de mirillas de bombardero o de mecanismos de puntería, con lo cual eran inutilizables. También se informó desde París que carecían de combustible, con lo cual se veían obligados a utilizar material de procedencia soviética, que no era el adecuado para sus motores.¹⁴

El que los franceses no suministraran más, ni de forma adecuada, como lo hicieron alemanes e italianos, no es sorprendente porque el «comité Moch» tuvo que actuar subrepticamente. Los meses de sep-

tiembre y octubre de 1936 debieron ser su época más gloriosa. En los archivos en que se conservan las autorizaciones que hubiesen sido necesarias, intervención o no-intervención, no aparecen huellas. En la batalla mediática e ideológica abundaron apasionados cruces de «información», acompañados de las correspondientes denuncias. Abona tal hipótesis una carta del 13 de octubre de 1936 de Léon Blum a uno de los críticos al Gobierno, el exministro y entonces senador Henri Lémery,¹⁵ en la que el primer ministro negó las acusaciones de que se hubieran enviado aviones Loire 46 o que se hubiera vendido a España cierto tipo de aviones Dewoitine. Era la continuación a otra del 17 de septiembre que, por desgracia, no hemos localizado.¹⁶

Lo más habitual fue que las ventas se hicieran por sociedades o compañías interpuestas. Por parte republicana, el comandante Juan Aboal fue el protagonista más activo, coordinando desde Francia toda una red de subagentes, españoles y extranjeros, a veces en Inglaterra donde actuaba el comandante Carlos Pastor Krauel. Howson (1990) menciona, por ejemplo, la Société Française des Transports Aériens (SFTA), Les Ateliers de Construction et d'Exploitation des Brevets Aéronautiques (LACEBA) y la Société d'Exploitations Techniques et Aériennes (SETA). Sabemos, por lo demás, que con los agentes republicanos colaboró el Office Général de l'Air que a pesar de su denominación que parecía oficial era una compañía privada.

Por el lado británico, y no obstante la gran alharaca que aún colorea la literatura, los republicanos solo pudieron adquirir 14 aviones civiles. Los sublevados diez. Ahora bien, a favor de estos últimos también habría que computar en aquellas semanas iniciales los suministros británicos de gasolina, aunque no fueran realizados por las autoridades, que se los habían negado a los republicanos.¹⁷

Un aspecto, en efecto, poco estudiado fueron las ventas efectuadas por la compañía Shell que, en nuestra opinión, debió de estar metida hasta el cuello en los planes de los conspiradores. El representante en Madrid había advertido al encargado de negocios británico que en Portugal los conspiradores ya habían tomado contacto con la compañía antes del golpe. Hubo agentes de la Shell cuando el *Dragon Rapide* aterrizó en Oporto en su vuelo hacia Las Palmas y el embajador de España en Lisboa informó a Madrid de que habían salido varios navíos cargados de gasolina de la misma con destino a los sublevados.¹⁸

Dejando de lado el caso de los combustibles,¹⁹ y salvo error u omisión, las dimensiones de la «ayuda» a la República en lo que ya enton-

ces se configuraban como los suministros materiales más importantes que consintieron las dos grandes democracias a la República española tras la cortina de hierro de la no intervención, fueron las indicadas. Por mucho que se fuerce la evidencia, lo que parece indiscutible es que el futuro del armamento republicano NO radicaba en tales fuentes.

No se conocen suficientemente bien las gestiones realizadas por los sublevados en los primeros días del golpe. Afortunadamente un informe preparado el 3 de agosto de 1936 para la Junta de Defensa Nacional, e ignorado que sepamos hasta el momento, permite una cierta clarificación.

En Francia empezó a funcionar inmediatamente una denominada «Junta de París». En ella figuraba en lugar prominente el ya exagregado militar comandante Antonio Barroso con apoyo de Juan de la Cierva, que se desplazaba desde Londres. Las primeras operaciones se orientaron a adquirir aviones civiles. Un empujoncito lo dio un piloto de British Airways que se movió con escasa diferencia de tiempo en Lisboa y en Burgos. Lo importante del caso, y que muestra un grado elevado de coordinación entre los generales sublevados, es que en las primeras gestiones en Lisboa participó un emisario de Queipo de Llano, el marqués de Contadero. En París y Londres actuó un delegado de Mola. La operación empezó a traducirse en la adquisición de un aparato Fokker al precio de 10.000 libras. Había disponibles otros tres más y el delegado de Mola ofreció la garantía necesaria para pagar las 30.000 libras restantes. La British Airways obtuvo el permiso de venta y lo dio, según se informó a la Junta de Burgos, nada menos que el propio Gobierno británico el 26 de julio. La venta se enmascaró convenientemente como si se hiciera a Portugal. Las autoridades británicas, para evitar sospechas, impusieron una ruta forzosa: Londres, Burdeos (para cargar gasolina) y el litoral español del Cantábrico y del Atlántico hasta Lisboa. La operación no pudo consumarse porque los franceses pusieron dificultades y el 2 de agosto, la víspera del día del informe, los aviones regresaron a Londres. Una nueva idea estribó en dotarles de tanques suplementarios para que pudieran ir en vuelo directo a Burgos o Logroño, aunque siguieran consignados a Lisboa. Para entonces el grupo sevillano se había retirado de la operación porque, al parecer, ya no eran urgentes en la zona sur.

Mientras tanto la KLM había ofrecido vender a los sublevados otros Fokkers que tenía en la línea de Batavia (Indonesia), pero los agentes de los sublevados habían apostado por la primera operación, que no sa-

bemos cómo concluyó, y no disponían de liquidez para afrontar la holandesa.²⁰

Como sigue habiendo en la literatura, sobre todo española, una bizantina discusión sobre la importancia relativa de los suministros respectivos a los contendientes en aquellos tiempos iniciales, el cuadro 1 indica, a título de ejemplo, lo que el Tercer Reich envió a Franco hasta finales de octubre de 1936, es decir, antes de que empezaran a entrar en acción los primeros carros y los primeros aviones soviéticos. Es algo ilustrativo (no debe extrañar que el profesor Togores no diga ni pío al respecto) y no suele aparecer en los autores pro-franquistas. Los materiales foráneos en las primeras semanas de lucha tuvieron una importancia estratégica y táctica infinitamente superior a los que se realizaron en meses y años posteriores. Obsérvese que entre los alemanes figuraron 3 aviones Messerschmitt entonces en prueba y que se encontraban entre los más avanzados del momento.

CUADRO 1

SUMINISTROS ALEMANES HASTA FINALES DE OCTUBRE DE 1936

| | | |
|--------------------------------|------------------------|------------------------|
| 28 Junkers 52 | 20 Heinkel 46 | 1 Heinkel 50 |
| 24 Heinkel 51 | 1 Heinkel 59 | 1 Heinkel 60 |
| 2 Heinkel 70 | 2 Henschel 123 | 3 Messerschmitt Bf 109 |
| 5 correos | 28 antiaéreos | 1 batería |
| 75.000.000 de balas | 7.500 para pistola | 150.000 para |
| 59 cajas de cartuchos de | 120 bombas de 250 | ametralladora |
| ametralladora | 10.000 bombas de 1 kg | 1.960 bombas de 50 |
| 20.000 proyectiles anticarros | 50 lanzagranadas | 41 blindados |
| 6.000 proyectiles de 3,7 cm | 150 pistolas | 212 ametralladoras |
| 6.000 proyectiles de 8,8 cm | 10.000 máscaras contra | |
| 10.000 granadas de mano | gases | |
| 12 bombas de 500 kgs | | |
| 10.200 bombas de 10 kgs | | |
| 24 anticarros | | |
| 20 camiones pesados | | |
| 20 camiones ligeros | | |
| 30.000 fusiles | | |
| 10 toneladas de explosivos | | |
| 250 tn de materias primas para | | |
| municiones | | |
| 200 tn de aprovisionamientos | | |

FUENTE: Merkes,²¹ p. 380.

Habría que añadir otros suministros pero que no tienen indicación de cantidad: municiones, bombas, material sanitario, piezas de recambio para motores y aviones, herramientas y productos químicos. El contraste con Francia, no hablemos ya de Inglaterra, es abrumador.